

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Jorge López Páez

lapalabrayelhombre@uv.mx

La suerte de *El Manchas*

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 60, abril-junio 2022, pp. 5-8.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

LA SUERTE de *El Manchas*

Jorge López Páez

Me levanté muy temprano. Yo, nervioso por temperamento, lo estaba más. Me vi obligado a aceptar que el hermano de mi subordinado, cónsul en Chicago, me transportara al aeropuerto. Yo iría a tomar posesión de mi puesto en esa ciudad, o sea el de cónsul general. Llegaría a mi destino debiéndole un favor a quien no conocía, salvo por el nombre. De otro modo no tendría que estar esperando. Menos nervioso iría en cualquier coche de sitio. Mi gusto era llegar con tiempo, aunque aguardara. A lo mejor Édgar me estaría esperando, con toda seguridad con un regalo extraordinario. Para no excitarme más entré al baño a revisar mi indumentaria. Tenía la seguridad de que el cónsul y algunos empleados me irían a encontrar. Como había dejado la puerta entornada oí el timbre, todavía indeciso si me pondría el abrigo. Chicago había sufrido la noche anterior una tormenta de nieve. Abrí los ojos al ver a René, el muchacho que ayudaba a Édgar, con un contenedor de perros.

En vez de saludarlo, solo pregunté: “¿Y eso?”

—Dice el señor Édgar que para que lo acompañe. En ese sobre está toda la documentación. Los permisos y las vacunas. No va a tener ninguna dificultad y si se presentara alguna, que no creo, para eso estoy yo, para zanjarlas.

—Pero, ¿qué me traje?

—Creí que lo había adivinado, es el *Manchas*.

Y como estúpido dije: “Pero es el perro de Édgar...”

Apenas pude, abrí el sobre. No podía extender el pliego; las manos me temblaban. Intenté serenarme. A sabiendas de mi astigmatismo quise leerlo; también tuve dificultad en sacar mis lentes: “*El Manchas* es mi representante. Te cuidará. Eres la única persona a la que no le ladra. Abrazos, Édgar”.

Sonó de nuevo el timbre: era el hermano del cónsul.

A guisa de saludo me espetó: “Me dijo mi hermano que no vaya a olvidar su abrigo”.

—Me hablaron de Chicago —no terminé la frase, me puse el sombrero, en vez del abrigo y después de despedirme de Petrita con un “pronto nos veremos”, salí de la casa; me podría calificar de sofocado, confundido, con ganas de llorar (obvio, sin poder hacerlo), con semejante comitiva a la que sabía se unirían dos o tres amigos del servicio, y mi secretaria, quien días más tarde me alcanzaría junto con Petrita. Era mi primer puesto ya siendo embajador, aunque solo acreditado como cónsul general.

Como iba con cierto retraso, como persona nerviosa, no tuve tiempo de conversar con mis acompañantes. No hubo dificultades para documentar al perro de Édgar, y este, comprensivo, no se presentó; al momento de despedirme de su secretario hace-de-todo este me entregó un sobre: “Me dijo el señor Édgar que se lo diera en el momento que me despidiera. Buen viaje, embajador”.

Apenas pude, abrí el sobre. No podía extender el pliego; las manos me temblaban. Intenté serenarme. A sabiendas de mi astigmatismo quise leerlo; también tuve dificultad en sacar mis lentes: “*El Manchas* es mi representante. Te cuidará. Eres la única persona a la que no le ladra. Abrazos, Édgar”.

La noche de ese día me llamó Édgar. Le informé que el *Manchas* estaba a mis pies, cuidándome. A pesar de mi preparación para no estar emocionado, lo estaba. No podía explayarme; lo haría cuando estuviera seguro si mi línea era directa. Algunos empleados estaban todavía en la oficina, el trabajo retrasado, entre otras cosas por la ausencia del titular. Apenas pudiera me iría a acostar. Para poder dormir y no fallar me tomaría tres gotas de Rivotril. Una vez más, le agradecí la previsión a Édgar. Apenas pudiera le pediría que me mandara otro frasco; si en México no se podría comprar sin receta, en los Estados Unidos...

A la tercera noche ya no pude hablar con Édgar, tuve que cenar con el personal. Por fin, después de la primera semana me las ingeniaba

para poder conversar. Era difícil; no es divertido hablar del trabajo. Opté porque él lo hiciera. Se suavizó mi estancia con la llegada de Margarita Contreras y de Petrita, mi (para ponerlo burocráticamente) secretaria particular auxiliar. Al mes exacto vino a saludarme Édgar. Había bajado de peso. Su estancia fue breve, dos días completos, sábado y domingo. El lunes pude comer con él en el Instituto de Arte. Lo acompañaron a tomar su avión Margarita y Petrita. Para evitar confusiones, previo acuerdo con Margarita, empecé a llamarla Margot.

A causa de mis apretados horarios, ellas me suplían casi siempre en las noches en mis supuestas conversaciones con Édgar y me mantenían informado.

Durante once meses vino Édgar a pasar un fin de semana conmigo y en dos ocasiones tuve que cederse- lo a ellas los sábados. Todo diciembre estuve en México, y el fin de año gocé de Édgar, nada menos que en Acapulco, y compartió nuestro cariño el *Manchas*. Con tal de darle satisfacción, afronté las molestias de viajar con un perro.

No hubo ningún acuerdo, las circunstancias lo fijaron. Al año siguiente Édgar vino un mes sí y otro no. La única variante fue que en diciembre fui invitado, incluido Édgar, a pasar una semana en Washington, como huéspedes de nuestro embajador, y las tres semanas restantes en Nueva York. Acabamos extenuados por todo lo que ofrece esa maravillosa metrópoli, por los amigos que encontramos, por nuestros excesos sexuales, como si estuviéramos en los primeros meses de nuestra relación y por los excesivos gastos, como si fuéramos funcionarios de Venezuela, antes de Chávez.

No dejé de reconocer la generosidad de Édgar en haberme prestado al *Manchas*; fue mi gran amigo. Me reconfortaba en medio del ajetreo del día el pensar en la llegada a la casa en la noche, oír sus leves ladri-

dos, como si los aminorara para no hacerlos escandalosos, y estar atento en los preparativos que muy cansado hacía para acostarme. Hubiera sido imprudente llamar a Édgar a México. Calculaba que, como yo, había tenido un día lleno de quehaceres, una o varias operaciones, además de su trabajo en su consultorio, y yo, en ocasiones, sentía tal fatiga que no leía los recados que me dejaban Margot y Petrita en relación con él.

Antes, Édgar nunca quiso vivir conmigo, pero, eso sí, se instalaba en mi departamento desde el viernes en la noche y no se iba sino el lunes en la mañana, ya bañado, embalsamado en una de mis lociones –cierto, muchas de ellas regalos de él– y desayunado, con algo muy especial. Ni me dio ni le pedí explicaciones por esa actitud. A ruegos de él aceptaba pasar una que otra noche en su departamento, y cuando agobiado por su trabajo me pedía que lo acompañara, según él lo auxiliaba a relajarse, a sentirse tranquilo. Había un perro, y este era otro perro, un animal grande, me parece que era un gran danés o un San Bernardo. Su dueño era un hombre rijoso, uno de esos vecinos insoportables que no tenía consideración por el sueño de sus vecinos, además ayudado por los ronquidos y frecuentes ladridos de su perro, y si bien era cierto que Édgar dormía a pierna suelta, yo padecía de las impertinencias del dueño del perro. No necesité quejarme. Édgar, sensitivo, se dio cuenta, y lo que hizo nunca lo confesó, pero solo él pudo haberlo hecho: lo envenenó con una sustancia que únicamente un médico pudo haber empleado; tal era su empeño en que me quedara en su departamento. El vecino matasiete mandó siniestras amenazas a dos o tres vecinos que tenían gatos o perros; entonces Édgar, por precaución, mandó al *Manchas* a mi casa, y para que yo volviera a compartir su cama se cambió de edificio y se llevó al *Manchas* a su nuevo domicilio. Confieso, creo que, cuando menos, lo quería igual que a

mí. Entre otras muchas cosas de las que estaré agradecido con Édgar está el hecho de que me prestara al perro para que me acompañara en el extranjero; es lo que más aprecié: era su misma presencia en mi soledad, era su representante, a quien adoraba.

En uno de los fines de semana del último año que pasé en Chicago, llegó Édgar. Lo sentí extraño, ausente; llegué a pensar que estaba inquieto por la suerte de algún cliente al que había dejado delicado en el periodo posoperatorio. No me atreví a preguntarle por no inquietarlo. Lo sorprendí hablando por teléfono, y yo, sabedor de su gran responsabilidad profesional, tampoco inquirí; muchas veces lo había visto hacer lo mismo, y después sentirlo apaciguado, y sucedió lo mismo.

También en ese último año; por eso no sentí ninguna inquietud por la ausencia de sus visitas, porque cuando menos regresé a la Ciudad de México cinco veces, alguna por solamente día y medio, y en todas él fue enterado de mi presencia. No siempre estuvo en el aeropuerto, aunque en dos ocasiones sí lo encontré dormido en mi cama, lo que aprecié bastante, y había hecho llegar muchos ramos de flores, como en todas las veces anteriores.

Yo estaba enterado de que volvería a México en el mes de diciembre y desde antes me llegó la noticia del nombre de mi sucesor. Entonces me di cuenta de que iba a lamentar mi nueva adscripción, a pesar de lo absorbente y fatigoso de mis funciones. La compensación era visible y satisfactoria: había enderezado algunas irregularidades en el consulado, relacionadas con algunos empleados corruptos; mis relaciones con las autoridades norteamericanas eran excelentes; y con los paisanos, bien tanto con los pobres como con los que habían triunfado, lo que implicó aceptar invitaciones a comer mules de distintos colores, chilatoles y chilorios, así como saborear la dieta de la vitamina T: tamales, totopos,

tacos, tortas, tostadas, tlacoyos –por cierto con masa muy buena, mejor que la autóctona– y las más variadas salsas, así como asistir a la apertura de fonditas, restaurancitos, y lo peor: las fiestas, las rumbosas, en buenos lugares, así como las caseras, algunas amenizadas por afanosos músicos que no conocían las notas o eran sordos y destemplados. Eso sí, les di mucha satisfacción, y la que yo recibí me acompaña y me acompañará toda la vida. Tuve, más bien pretexté, que debía regresar antes de tiempo para no aceptar más festejos de despedida y evité una cena con mis colaboradores; a la mayoría de ellos, después, a su paso por México, les mostré mi agradecimiento, invitándolos cuando menos a una copa. Hasta he discurrido agregar a mi epitafio: cónsul de México en Chicago y la fecha de mi gestión.

Nuestro secretario de Relaciones, por mi nuevo e importante nombramiento, estuvo de acuerdo en que saliera repentinamente, y los preparativos se hicieron lo más discretamente posible, todo a cargo de Margot y de Petrita. Esta última, para que no me extrañara, se haría cargo del *Manchas*, y Margot, que se iría después de mí, se lo llevaría. Me pude escapar a Julius Garfinckel a comprarle un traje a Édgar, de su marca favorita, así como un *smoking* –tendría que acompañarme a algunas recepciones de gala–, junto con todos los complementos, accesorios, como les gusta decir a las señoras, además de calcetines, corbatas, tirantes y varias lociones, y algunas cosas más. No faltaron golosinas y alimentos en ese entonces dificultosos de encontrar en México, así como medicamentos; en estas últimas compras, tanto Petrita como Margot fueron muy eficaces; es cierto, también ellas aprovecharon la oportunidad para aprovisionarse.

En el avión me congratulé de haber salido en esa forma y de que no hubiera efluvios sentimentales, salvo los inevitables de Margot



Archivo personal de Jorge López Páez, reproducido con autorización de Víctor Balvanera

y Petrita, aunque nuestra separación fuera por unos cuantos días, y tuvieron el gesto amable de que las acompañara el *Manchas*. Di por supuesto que Édgar estaba advertido de mi arribo. Me equivoqué y, como consecuencia, no hubo los consabidos ramos de flores en mi casa, y Clara, la encargada del cuidado de esta, no se encontraba, a pesar de que al llegar estaban todas las luces prendidas. Acostumbrado a otras acogedoras recepciones, lo resentí, tomé el teléfono para hablar a Washington y cerciorarme si le habían informado a Édgar de mi llegada, así como a Clara. Entonces, razoné, ante la

ignorancia de ellas dos y de Édgar, era evidente que había sido una distracción; era mi gran oportunidad de sorprenderlo con mi presencia y con los regalos.

Después de desempacarlos me di cuenta de lo arropado que había estado, esto es, lleno de cuidados; no sabía a qué número llamar para que me recogiera un taxi de sitio, y cuando lo logré, tuve dificultades para cargar los presentes.

La casa de Édgar iluminada a *giorno*. Me pareció que había visitas. Mi audición era deficiente, explicable por el viaje en el avión y la considerable altura en que vivi-

mos en México. Sorpresivamente, se abrió la puerta. No me recibió René, el hácelo-todo de Édgar, sino una sirvienta uniformada, desconocida para mí. Verbalmente me identifiqué. Me indicó que pasara a la sala. Le pedí que me ayudara con los bultos. Creí prudente que no me acompañara con ellos adonde estaban los huéspedes. La sala llena, tanto, que algunos estaban de pie, a primera vista no distinguí a Édgar. Escuché su voz detrás de mí: “Pídele al mesero lo que quieras tomar, que sea doble, en poco tiempo iremos a cenar”. Con sus manos me apretó los hombros y sin darme la cara me presentó a la concurrencia: todos desconocidos, mayores de edad, salvo dos parejas de jóvenes, de lo que me cercioré después cuando en el amplio comedor los sentaron aparte en una mesa redonda.

Era una celebración, previa a una boda. Se brindó con champaña y hasta ese momento me di cuenta que el novio era Édgar, y la prometida una mujer bien parecida, elegante, pero, pero... mayor que él, cuando menos diez años. Quedé, sí, literalmente anonadado. Sentí bochorno, sentí frío, era un sueño, obvio no, era una locura temporal mía. El postre no me supo amargo, normal, la champaña a champaña. El público casi a la vez se despidió. Una pareja, colegí que eran los suegros, se quedó, con la hija, correctos, diría coloquialmente apretados y con dinero. No oí los nombres de los tres al despedirme. Édgar, comprensivo, ya tenía su coche esperándome y me conduciría René mesero –en ese momento habilitado como chofer– o lo contrario. Estaba instruido para informarme que Édgar pronto se iba a casar, que ahí iba a vivir, y que él seguiría en funciones.

Después de una relación, la calificaré de venturosa, con Édgar, no podía digerir lo que acababa de ver y oír; de algo me habían servido los años: en ese momento estaba cansado, agotado mi sistema nervioso, el día siguiente comenzaría muy temprano: la toma de posesión de mi puesto como subsecretario sería a las nueve y media. Clara ya estaba en funciones; si no con la perfecta eficacia de Petrita, era cordial. Sin que se lo pidiera me trajo un whisky doble en las rocas, y fue a prepararme la tina con mi espuma favorita con el calmante aroma de pino. Previsora, me advirtió que mis gotas de Rivotril –solo tres, para que me durmiera– estaban en mi buró. El despertador sonaría a las siete, mi desayuno favorito estaría listo en el momento en que lo solicitara, a mis frijoles negros refritos –acompañantes de mis huevos rancheros con salsa verde– no les faltaría la rebanada de queso adobera fresco de Zacatecas –su prima Rebeca, que vivía cerca se lo iba a traer temprano en la mañana.

Hasta aquí recuerdo con nitidez, y que comí con nuestro ministro y los otros dos subsecretarios. Dos días después, para alivio mío, volvió Margot de Chicago con el *Manchas*, al que no vi, porque ella discurrió llevarlo directamente a la casa de Édgar, su dueño. Luego regresó Petrita. Mi vida comenzó a normalizarse, a tomar una rutina, al grado de poder, en algún momento, tomarme un whisky solo. Debía buscar una entrevista con Édgar y resolví intentarlo, sin consultar mi agenda: dos días después llegó el presidente de Guatemala y poquito después hice un viaje a Argentina. Al llegar, era natural que no estuviera Édgar en el

aeropuerto, pero lo añoré. Al filo de las once, ya en mi casa, después de breves informes de mi secretario particular, de Margot y de Petrita y terminados mis últimos dos whiskies, llamé a la casa de Édgar. René, su mayordomo-chofer-mesero- secretario confidencial, contestó, naturalmente aleccionado: “El doctor le suplica que el sábado en la mañana le mande a Petrita a las once de la mañana”.

Obedecí: el sábado la mandé; media hora más tarde Petrita estaba de regreso. Yo, en mi dizque despacho, revisaba algunos documentos oficiales; me dijo ella: “El doctor quiere que lea primero esto”. Era un poder notarial para que yo dispusiera de las cosas que teníamos en común a mi soberano antojo. Me volví hacia Petrita, no encontré su mirada, hizo un gesto para ocultar un sollozo, afuera de mi despacho; en el *hall* distribuidor de la casa, ella quitó un chal de una alargada cesta de mimbre. El *Manchas* estaba muerto; creí, en mi confusión, oler la misma sustancia con que Édgar había matado al gran perro de su antiguo vecino. Empecé a vomitar, Petrita se valió del chal para auxiliarme; los dos, exhaustos, nos sentamos en una banquita, un *love seat*. Se echó en mis brazos sollozando y yo sin control, en iguales condiciones, sin importarme que me vieran Clara y el chofer, lloramos, hasta agotarnos. Ella, me parece, invocaba al *Manchas*; yo, hasta la actualidad, no puedo soportar ni ver un perro; no sé todavía por qué, como en la canción que creo que se llama “Hoja Seca”, del doctor Roque Carbajo: “Se acabó el romance [...] se acabó el amor”. **LPyH**

México, D. F.,
25 de febrero, 2008